

Sobre la desconcertante maleabilidad de la memoria.

Interpretaciones derechistas de la “Patagonia trágica” en Argentina, 1920-1974*

Ernesto Bohoslavsky, Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

Este artículo pretende dar cuenta de las interpretaciones derechistas sobre una feroz matanza de obreros rurales producida en el sur argentino en 1921, que fue conocida como “Patagonia trágica”. Se trata de abarcar desde las versiones contemporáneas a los sucesos y las producidas en las siguientes cinco décadas. Los debates sobre la “Patagonia trágica” se alternaron con décadas de silencio o de evocación poco problemática. Los momentos en los que emergió la polémica permitían ver la mutación de las ideas, ya que la interpretación derechista no quedó petrificada: pasó de ser una versión centrada en las figuras del bandolero y del anarquista en los ‘20, a una que respondía más a los cánones de la “Doctrina de la Seguridad Nacional” y de la chilenofobia. La radicalización política de los ‘60, la creciente influencia de las teorías de la acción contrarrevolucionaria y una persistente tradición castrense de desconfianza frente a Chile, incentivaron esas nuevas explicaciones.

Quien busque aquí una caracterización de lo ocurrido en la Patagonia austral deberá rumbar sus pasos hacia las obras que cumplieron esa tarea con solvencia (Bayer 1972; Lafuente 2002). Aquí no se encontrará una indagación acerca de *qué pasó*, sino sobre *cómo se*

* Publicado en *Cultura, lenguaje y representación. Revista de estudios culturales de la Universitat Jaume I*, vol. 2, Castellón de la Plana, España, mayo 2005, pp. 41-58. El autor agradece los comentarios de Alejandro Cattaruzza, Daniel Lvovich y Margarita Pierini a versiones preliminares de este artículo.

lo recordó. No se incluye una caracterización de los eventos ya que a) lo-que-sucedió no es algo que esté objetivamente fijado y sobre lo que se *montan* interpretaciones: más bien definir lo-que-sucedió es el corazón de cada interpretación en juego. En ese sentido, los eventos señalados como *ocurridos* son parte inescindible de la argumentación, no algo recortable, con existencia autónoma respecto de su análisis; b) describir qué-es-lo-que-sucedió significaría desviarse de una historia de las representaciones políticas e históricas de los fusilamientos como aquí se intenta; c) la relación entre los sucesos y las diversas interpretaciones que sobre ellos se suceden, sin ser de desvinculación absoluta, dista de ser directa y obvia. Por el contrario, sobre cierta evidencia disponible –y, en algunos casos, falseada o silenciada- ha sido posible articular más de una versión.

La interpretación contemporánea

La Liga Patriótica Argentina (LPA), la prensa ligada al conservadurismo, los militares involucrados en la masacre y la Sociedad Rural de Río Gallegos (capital del sureño Territorio de Santa Cruz) articularon discursos bastante similares para explicar las huelgas de 1921. El paralelo en todos estos discursos no puede llamar la atención dada la multiplicidad y simultaneidad de sus vínculos personales, políticos y culturales.¹ Si es de destacarse alguna diferencia, ella era que la LPA mostró una mayor radicalidad para describir a la “revuelta”, a la que consideraba similar a la Semana Trágica de 1919. El tono alarmista caracterizó a esta primera versión de los sucesos: la prensa denunciaba depredaciones, asesinatos e incendios, sin esperar a que esos hechos fueran confirmados, generando un “efecto de realidad” que

¹ *La Nación*, *El Pueblo*, *La Prensa* y *La Frontera* actuaban como cajas de resonancia de las actividades de la LPA (Caterina 1995: 11 ss.). Las vinculaciones entre Correa Falcón, Carlés y Klappenbach se dejan ver en *La Nación*, 22 de agosto 1921, p. 4, *La Unión* (Río Gallegos), 11 de enero de 1922 y LPA, 1922: 77.

instalaba la idea de un caos social en el sur.² Tanto *La Nación* como *La Prensa* presentaron un panorama desolador a lo largo del conflicto, haciéndose eco de los pavorosos telegramas de sus corresponsales (LPA, 1922:7-8).³ Además de su formato alarmista, los dos pilares de esta versión eran la idea de una conjura bandolero-anarquista, y por el otro, la incapacidad y desidia del gobierno nacional. Dependiendo de los intereses de cada actor en disputa, se ponía el acento sobre uno u otro de estos dos elementos.

En estos discursos sólo hay referencias aisladas a los problemas laborales como causa de las huelgas (LPA, 1922: 6). *La Nación* ofreció una caracterización de los incidentes que bien sirve como síntesis de esta postura: según su opinión en Santa Cruz se enfrentó un problema delictivo-político pues “no se trata de huelgas, ni de dificultades entre capitalistas y trabajadores, sino de un movimiento sedicioso, un levantamiento en armas, producido por bandoleros que se titulan obreros” (*La Nación*, 2 diciembre 1921, p. 5). Según un estanciero, la revuelta fue protagonizada por bandoleros que aprovecharon el levantamiento obrero para cometer “toda clase de actos vandálicos” (*La Nación*, 9 de diciembre, p. 4). Un fulminante editorial alejaba a los revoltosos de la imagen de dirigentes gremiales y los emparentaba a una organización criminal: “su desenfreno de falange tebana en nada podía relacionarse con la acción obrera” (*La Nación*, 14 de diciembre 1921, p. 4); las huelgas fueron un “pretexto para ensayar procedimientos violentos en mira a tendencias inaceptables” (*La Nación*, 22 de agosto 1921, p. 4). La Sociedad Rural de Río Gallegos se resistió a aceptar la existencia de un abuso patronal: los reclamos sindicales eran injustificados ya que era falso que los obreros “estaban sometidos a un régimen de vida incompatible con su condición de hombres de trabajo” (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 106).

² Aunque escapa a los objetivos de este escrito, no es ocioso recordar que frente a esta versión se erigieron otras, provenientes de los diarios radicales, socialistas y anarquistas, que confrontaban abiertamente. Cfr. por ejemplo el Diario de sesiones de la Cámara de Diputados del 1 y 8 de febrero de 1922.

³ Algunos corresponsales mostraban el paso del “Gran Miedo» y destacaban la inminencia de los ataques “bandoleros» a las ciudades (*La Nación*, 4, 7 y 18 de diciembre 1921). Bayer (1972) ha mostrado que estos sucesos nunca existieron.

La revuelta se debió a la “propaganda ácrata y disolvente” que venían desplegando algunos sujetos llegados a Santa Cruz (Correa Falcón y Klappenbach, 1924: 96). Disfrazados tras la máscara del interés de los trabajadores, aparecían los comunistas o los anarquistas, buscando objetivos inconfesables que encontraron un caldo de cultivo en la ignorancia de los peones. De ahí que les resultó “sencillo convencerlos de la bondad de sus teorías y de la facilidad con que al final se dividirían las estancias y distribuirían entre ellos las haciendas, siempre, como es natural, que tentaran la aventura comunista” (Correa Falcón y Klappenbach 1924: 106). La ingenuidad de los peones habría incitado a los revoltosos a instalar un “gobierno comunista” que promoviera una revolución en la propiedad agraria y del ganado. Se había procurado “establecer el gobierno sovieta en la Patagonia, nueva Arcadia donde todos serían felices y propietarios de un determinado número de ovejas y del campo necesario” (Correa Falcón y Klappenbach 1924: 107). Un corresponsal informó que la Federación Obrera de Río Gallegos proyectaba establecer “un gobierno comunista, que partiendo de la Patagonia, iría a rematar en la Capital Federal” (*La Nación*, 27 de enero de 1922; LPA, 1922: 44). La conspiración estaría “dirigida desde la capital por los más conspicuos perturbadores del orden, carentes de escrúpulos” (*El Pueblo*, 9 enero de 1922).

El teniente coronel Varela, responsable de la masacre obrera, también denunció que esa huelga era parte de un complot destinado a jaquear a la república. En el informe que entregó al Ministerio de Guerra, indicó que el objetivo de la huelga era constituir soviets y luego marchar sobre Buenos Aires:

“Envanecidos con su primer triunfo, se despojaron de la careta de simples huelguistas para declararse abiertamente por el establecimiento del régimen de los soviets [...] En el momento oportuno marcharían sobre las ciudades de la costa para derrocar a las autoridades y reemplazarlas por otras obedientes a los soviets de Rusia. Concentrados, marcharían triunfalmente hacia la Capital

Federal, donde las otras sociedades obreras, de común acuerdo, los esperarían para engrosar sus filas” (Punzi, 1991: 88)

A veces esta interpretación derechista escapa al imaginario delictivo (*bandolero*) o político (*sovietista*) y adquiere un tono civilizatorio. Los huelguistas son considerados por la LPA dentro del bestiario del Salvaje. La novela del secretario de la LPA versa sobre un matrimonio de buenos estancieros cercados por la feroz “horda anarquista” a caballo. La *nouvelle* de Quesada (1922:14) insistía en dar cuenta de la acción depredadora de las “jaurías” de las estepas (¿rusas?):

“Se había pronunciado la voz imperativa de la revolución social, y los grupos de extranjeros desagradecidos, como una jauría de lobos famélicos, cayeron sobre la paz de las estancias [...] Una grito extraña, clamando por ideales que traían el sello de la miseria y del hambre de las soledades de la estepa, traducía las voces de los heraldos de la revolución”⁴

La descripción de Manuel Carlés, presidente de la Liga no fue menos impresionista que la de su secretario. En su opinión, se trataba de una revuelta gigantesca (50.000 rebeldes expresó en 1922, Punzi, 1991: 60) de jinetes armados que asoló la costa patagónica secuestrando a personas, producto de lo cual “el pánico cundió con caracteres de espanto” (LPA, 1922: 7-8). A la hora de imaginar a los “revoltosos”, Carlés recurrió a la imagen del malón, retratando las huelgas del sur como una reedición de la Conquista del Desierto:

“Los cabecillas cruzaron la cordillera acaudillando las primeras mesnadas, que arrearon todo lo que encontraron a su paso; gente, caballos, ovejas, automóviles, camiones, asaltando comercios, quemando estancias y predicando que ‘convertirían la Patagonia en un solo potrero’; que vencedores en Santa

⁴ Josué Quesada fue un escritor con relieve propio a lo largo de 5 décadas, ya sea a través de sus colaboraciones periodísticas como *El Hogar*, comentarista radiofónico y promotor cinematográfico. Fue secretario de Carlés cuando éste fue interventor en Salta (1918) y San Juan (1922). Fue el prologuista de un libro del gobernador

Cruz levantarían al sur de Chile, y unidos en el malón, simultáneamente llegarían allá hasta Valparaíso y Santiago, y no pararían hasta asolar a Buenos Aires” (LPA, 1922: 7-8)

Carlés no responsabilizaba del movimiento huelguista a la actividad anarquista tanto como a los rebeldes llegados desde Chile. Se trataba de bandas compuestas por “desocupados de todo pelaje, sin trabajo, vagos, fugitivos de la justicia, presidiarios liberados de Ushuaia, y la multitud de aprovechadores del desbarajuste” (LPA, 1922: 7-8). En definitiva, la “escoria” social era la protagonista del enfrentamiento con la tropa argentina, pero detrás de estas intenciones revolucionarias se escondía una gran organización militar y política (*La Nación*, 2 diciembre 1921, p. 5). Según *La Unión*, de Río Gallegos, “una horda de desorbitados, inadaptables para la lucha honrada de la vida nos ofrecen el triste espectáculo de dominadores bajo el antifaz de las ‘reivindicaciones’” (Bayer, 1972: t. II, 23-24).

De acuerdo con la interpretación que venimos detallando, nada de lo proyectado por los anarquistas o de lo ejecutado por los bandoleros habría sido posible sin la dejadez del gobierno nacional. El *obrerismo* y la demagogia del presidente Yrigoyen no se preocuparon del bienestar de los habitantes patagónicos y fueron consideradas causas directas del desorden. Un gobierno preocupado por satisfacer demagógicamente a las masas urbanas se había desinteresado de la suerte de la periferia nacional: los territorios patagónicos han sido abandonados por el gobierno nacional y “la audacia de los asaltantes no es más que una de las consecuencias del desdén con que se mira a aquellas zonas, quizás porque en ellas no se vota” (*La Nación* 19 diciembre 1921, p. 4).⁵ Se trataba de un Poder Ejecutivo que desconocía todo sobre el sur (*La Nación*, 4 de febrero de 1922; *La Prensa*, 28 de enero de 1922; LPA, 1922: 7), que nombraba “amigos” en los territorios nacionales (LPA, 1922: 56), que permite una

Correa Falcón (1950). Quesada mostró sus ideas vehementemente como corresponsal de *La Nación* y con una novela (1922), de amplia difusión popular, según Pierini, 2003: 16.

policía arbitraria y abusiva: “todo eso engendra, por lógica consecuencia, la anarquía” (*La Nación*, 14 de diciembre 1921, p. 4). La conducta inepta de los funcionarios “suscita en la gente honesta aborrecimiento contra toda clase de autoridad, y cuando la peonada se entera del encono motivado del patrón, busca la oportunidad de desacatar y pelear a policías y jueces” (*La Nación*, 6 de febrero de 1922).

La inacción del gobierno nacional fue considerada responsable de los actos de bandolerismo y de futuros males en la Patagonia, como el despoblamiento o una rebelión fiscal (*La Nación*, 2, 5 y 9 de diciembre 1921). El balance que el diario de los Mitre realizó de los sucesos indicaba que las tropas fueron despachadas con tardanza y que se habría evitado la gravedad de lo ocurrido, “pero se prefirió contemporizar” (*La Nación*, 27 de enero 1922 y 22 de agosto 1921, p. 4). En ciertos casos, la denuncia sobre la acción pública tenía nombres concretos: se hizo especialmente responsable al juez Ismael Viñas por haber estimulado la agitación anarquista en lugar de suprimirla (*La Nación*, 22 de agosto 1921, p. 4), o se echaba la culpa al gobernador Ángel Iza por su “galantería” y “tolerancia” con los “elementos maleantes” (*La Nación*, 14 y 18 de diciembre 1921, ambos en p. 5).

Según Carlés, las autoridades de Santa Cruz condescendían con “los corifeos de desórdenes, lo que aumentaba cada día más el divorcio que las separaba de la gente seria, trabajadora de los territorios” (LPA, 1922: 56). De hecho, Carlés consideraba a Yrigoyen partícipe de lo sucedido por a su negligencia (Buchrucker, 1987: 35). El presidente de la LPA sugirió una connivencia entre los dirigentes sindicalistas y el gobierno radical. En alguna de sus opiniones ambas figuras aparecen fundidas en una sola entidad: así, en una alocución de 1922 sostuvo que las autoridades yrigoyenistas “se decían reformadores de la sociedad y emisarios del personalismo imperante en la política nacional. Con este salvoconducto se

⁵ En igual sentido iba la *nouvelle* de Quesada (1922:13-14) al señalar que a Yrigoyen los territorios nacionales no le interesaban porque sus habitantes habían perdido el derecho al voto. Además de preocuparse por ganar las elecciones, supuestamente Yrigoyen estaba influenciado por la prensa anarquista.

introducían en los despachos de las gobernaciones y con mayor desenfado en las tareas que habitan las comisarías de campaña”. Pero súbitamente, los “emisarios” de Yrigoyen mutan, y Carlés más bien parece se refiere a los dirigentes sindicales, que eran “los ‘delegados’ de las federaciones obreras, los ‘agitadores’ del oficio a vivir a expensas de los demás, cuando por inútiles eran despedidos en todas partes” (LPA, 1922: 33-34). De alguna manera, la figura del complot entre el *obrerismo* radical y la subversión anarquista, obtuvo aquí su bautismo de fuego. Probablemente la mirada de Carlés se refiriera más al desarrollo de acontecimientos en Buenos Aires, en los que autoridades y sindicalistas habían establecido espacios de negociación para conflictos laborales (*La Fronda*, 7 de septiembre 1921, p. 1).⁶

El carácter extranjero de muchos protagonistas de las huelgas no pasó inadvertido a los medios nacionales y menos a la LPA. Como expresó Carlés, se trataba de extranjeros malagradecidos que traían la discordia “a la casa honrada para corromper la familia” (LPA, 1922: 73; la LPA expresó desde sus inicios que la desidia social venía del exterior, según Lvovich, 2003: cap. 3 y 4). De esta manera se silenciaba la abrumadora mayoría de británicos, alemanes y españoles entre los propietarios rurales y de frigoríficos. A lo largo del conflicto la LPA intentó ocultar este hecho, mostrando que por un lado había *capitalistas* que contribuían a la economía nacional y, por el otro, trabajadores extranjeros, disfuncionales a la sociedad (Mc Gee, 1999: 95). También el teniente coronel Varela declaró que había procedido contra grupos de extranjeros levantados en armas a los que se les había “enseñando de cuánto es capaz el soldado argentino cuando el extraño quiere desconocer su Constitución nacional y levantar otra bandera que no sea la inmortal insignia de nuestra Patria” (Punzi, 1991: 89). Además de ser el país de origen de muchos huelguistas y destino de los que escapaban de la represión, Varela denunció que Chile había tenido una injerencia propagandística. Según

⁶ Para los anarcosindicalistas de la Federación Obrera Regional Argentina del IX° Congreso, el acceso de los radicales al poder trajo la chance de establecer acuerdos con el Estado y de convertir a éste en garante de las

declaró, las autoridades chilenas transmitían versiones de falsos “hechos vandálicos” con el objetivo de desmoralizar la tropa a su cargo (Punzi, 1991; 89). Es importante retener esta caracterización de Chile como actor secundario de los sucesos porque, como se verá, medio siglo después la memoria militar borró de un plumazo esta interpretación.

Las prolongaciones y el silencio (1929-1967)

Los fusilamientos de Santa Cruz no volvieron a constituirse como tema público sino hasta finales de los ‘60. Las razones son varias: generaba incomodidades a importantes fuerzas políticas e institucionales (el radicalismo y el Ejército); no ofrecía probabilidades de hallar mártires para las fuerzas de izquierda de entonces; era ínfima la capacidad de presión o de generación de políticas de memoria que podían desarrollar los familiares de los fusilados, mayoritariamente de origen rural, chileno y de escasos recursos simbólicos y materiales; los anarquistas, quienes sintieron como propios a los muertos, y que se mostraron comprometidos con su memoria (y venganza), después de los ‘30 no eran más que una expresión testimonial de la fuerza de otrora. Desplazados de la conducción del sindicalismo por las ideologías reformistas o el comunismo, los anarquistas tenían graves dificultades para incluir en la agenda un tema tan alejado de las experiencias cotidianas de la clase obrera urbana industrial.

De ahí que lo que vino después fueron tres décadas de un silencio casi total sobre el tema. Tras el libro de Borrero (1928) y un suplemento del anarquista *La Protesta* (31 de enero 1929), las referencias se tornaron muy intermitentes después de 1930.⁷ Se redujeron o

negociaciones con los capitalistas. A su vez, radicales y anarco-sindicalistas compartían el objetivo de desplazar a los socialistas de los gremios. Lafuente, 2002: 172; Godio, 2000: 246; Falcón, 2000: 117.

⁷ Un caso significativo es Edelmiro Correa Falcón. Este alto funcionario del Ministerio del Interior fue gobernador interino de Santa Cruz hasta marzo de 1921, mostrándose especialmente activo en la represión de la actividad sindical. Mientras fue gobernador, se desempeñó como presidente de la Sociedad Rural de Río Gallegos y miembro de la LPA. Presidió el “Río Gallegos Tennis Club» y el diario *La Unión*, de línea pro-estancieros durante el conflicto. Fue intendente electo de Río Gallegos (1924-26) y posteriormente se inició

desaparecieron sus menciones en las historias del movimiento obrero, en las obras dedicadas a la Patagonia e incluso de los relatos históricos más generales del país.⁸ Las voces radicales se limitaban a mostrar que Varela había actuado *motu proprio* e intentaban salvar la imagen de Yrigoyen (Anónimo 1955; Luna, 1956: 259). Las reapariciones derechistas sobre el tema replicaron las claves que se habían puesto en pie ya en los años “20. Cuando se reeditó *La Patagonia trágica* (1957), con un prólogo del ex-juez Viñas, las contestaciones provinieron de los involucrados personalmente en los episodios. Fue el caso de los libros de Correa Falcón, contruidos a fin de polemizar con –e incluso desprestigiar a- Borrero, y para “desenmascarar al autor y a su prologuista”, acusados de haber chantajeado a los protagonistas de los sucesos (Correa Falcón, 1958: 3; 1966:30.).

La caracterización que hizo Correa Falcón seguía con más referencias del mundo delictivo que del político. Aunque los llama “revoltosos”, las acciones que les adjudica son propias de “individuos desorganizados, sin disciplina alguna y dispuestos al pillaje” (Correa Falcón, 1958:15). Es por lo que la actuación del Ejército “debía ser necesariamente cruenta” para combatir a revoltosos compuestos “en un 96% por extranjeros” (Correa Falcón, 1958: 19 y 1966:45). El ex-gobernador desplegó la misma interpretación de cuarenta años atrás para referirse a los eventos de Santa Cruz: Viñas y otros yrigoyenistas como Borrero, “prohijaron y alentaron a los elementos de perturbación” para “promover desórdenes de incalculables derivaciones” (Correa Falcón, 1958: 8-9; 1966:30). Además de esta desidia radical, se debía contar la infiltración extra-gremial, que comenzó “una propaganda destinada a soliviantar a los obreros rurales, que no tenían motivos serios de descontento” al punto que “los obreros no cuestionaron mayormente el trato en las estancias” (Correa Falcón, 1966:36 y 42). Correa

como ganadero. Correa Falcón publicó en 1950 un *Who is who?* sobre las figuras relevantes de la Patagonia austral, pero no incluyó referencias a la huelga de 1921, salvo una mención aislada al ex presidente de la brigada local de la LPA (intentó “solucionar dignamente los problemas que hace casi treinta años pusieron en peligro la economía del agro patagónico», Correa Falcón, 1950: 170).

⁸ El general Sarobe (1935) publicó un libro monumental sobre la Patagonia: en sus 500 páginas no hay menciones a las huelgas de 1921 (citas muy indirectas en p. 103 y 395). El mismo caso es Moldes (1937).

Falcón expuso los hechos dividiéndolos en una “Primera parte de la revuelta” y “Segunda parte de la revuelta”, lo cual incorporaba una idea de secuencialidad en el relato como si se tratara de etapas pre-definidas de un *crescendo* de radicalidad. La “segunda parte” aunque planificada, fue el resultado de que los obreros se envalentonaron por la permisividad del gobierno de Yrigoyen, y se lanzaron “con éxito a las más inicuas depredaciones” (Correa Falcón, 1958:19).

Las pocas políticas de memoria ensayadas sobre el tema provenían de los militares protagonistas, como Elbio Anaya, uno de los oficiales que participó de la campaña al sur.⁹ Casi medio siglo después de los sucesos, seguía pensando que la agitación de los anarquistas y “la política obrerista ensayada por el gobierno, sobre la base de tolerancia y complacencia”, eran los grandes responsables de los eventos de 1921 (Anaya, 1965:70). Sin embargo, el punto novedoso de su exposición en los '60 fue la crítica a las fuerzas armadas chilenas por negarse a cerrar la frontera y detener a los revoltosos que cruzaban la cordillera, lo cual llevaba a sospechar de la complicidad de los trasandinos en la revuelta (Bayer, 1968a: 53) La denuncia del general Anaya acerca de la complicidad entre carabineros chilenos y huelguistas anarquistas e internacionalistas, todo un disparate en sí mismo (Bayer, 1972: t. IV, 57), fue retomada con especial insistencia por la historiografía dedicada a los problemas limítrofes argentinos. Este elemento, que en la estrategia explicativa de Anaya es un dato menor – incluso en su polémica con Bayer (*La Opinión*, 29 de mayo y 10 de julio de 1974) y en su apología de Varela (Anaya, 1965) están ausentes- posteriormente fue exagerado y convertido en el factor causal predominante, en una clave absolutamente conspirativa.

⁹ Anaya consiguió desarrollar una importante carrera dentro del Ejército y gozó de responsabilidades políticas. El ex-ayudante de Varela fue general de brigada y ministro de Instrucción Pública y Justicia del gobierno militar instaurado en 1943. Posteriormente fue parte del ala antiperonista del Ejército y secretario de guerra del presidente Frondizi. *La Nación*, 4 de septiembre 1959, p. 1. Anaya presidió una ceremonia de homenaje en 1943 al cumplirse 20 años del asesinato del teniente coronel Varela. La ceremonia se repitió en 1962, descubriendo una placa en el Regimiento que dirigió Varela y llevando una ofrenda floral al cementerio. Bayer, 1968b: 74.

El recalentamiento de la polémica (1968-1974)

Es mérito exclusivo de Osvaldo Bayer (1968b: 23) haber relanzado a fines de los '60 el tema de los fusilamientos de Santa Cruz. Su intervención en la revista *Todo es Historia* fue el disparador de una polémica que se extendió por varios años y que contribuyó de manera definitiva al actual conocimiento de la materia. En libros de contenido político o histórico, en diarios y revistas, la preocupación por la “Patagonia trágica” se propagó desde fines de los '60 hasta el primer lustro de los '70, alcanzando difusión nacional tanto los libros (Bayer 1972; Fiorito, 1971; Troncoso, 1971) como el film *La Patagonia Rebelde* (1974; cfr. Portas, 2001: 80). Las huelgas australes cobraron una importancia que se había diluido en las décadas anteriores y fueron incorporadas –operación simbólica y discursiva mediante- al martirologio obrero y popular argentino, al cual no habían pertenecido con anterioridad.

¿Cómo reaccionaron los protagonistas de estos sucesos, y la corporación militar en particular al relanzamiento del tema? La principal reacción se articuló en torno a la idea de la responsabilidad gubernamental chilena por los sucesos de 1921. Efectivamente, a fines de los '60, la teoría de la apetencia perpetua de Chile por territorio argentino (cfr. Lacoste, 2003) se entroncó con la interpretación de la historia de los fusilamientos de Santa Cruz. Y si bien este cruce se había producido poco antes de que Bayer publicara su pesquisa (Ornstein, 1967), fue a partir de entonces cuando se consolidó como una nueva versión sobre los hechos. Las referencias, antaño dominantes, a la acción de “bandoleros”, “agitadores”, “anarquistas” y “comunistas” se desvanecieron frente a la prominencia del “chileno” como protagonista exclusivo de la “subversión” santacruceña.¹⁰ Esta reinterpretación de los sucesos de 1921 no

¹⁰ Estos textos no poseen aparato erudito probatorio y por momentos son involuntariamente cómicos, como cuando se denuncia que las lagunas de Copahue, “las más radiactivas del mundo», fueron visitadas por una misión secreta chilena en los '40. Esta misión, “valiéndose de unas mangueras que disimularon todo lo posible, y que desde las citadas lagunas llegaban hasta más allá de la frontera, extraían el agua que, por la ya cita propiedad, tenía particular importancia para la fabricación de agua pesada. Sin embargo, una patrulla de la Gendarmería Nacional descubrió las misteriosas cañerías y procedió a cortarlas», (Caillet-Bois, 1970: 94).

eliminó la desidia yrigoyenista y la agitación anarquista de la explicación, sino que subsumió estos elementos en la tesis de la conspiración chilena.

Esta versión fue en buena parte (re)producida en ambientes militares así como por figuras ligadas al nacionalismo territorial, a la cuestión de límites y a la geopolítica. Se construyó una historia de las relaciones argentino-chilenas, procurando demostrar la apetencia congénita de La Moneda por el territorio rioplatense (Bendicho Beired, 1999: 55). El argumento repetido era que Chile, tras vencer en la Guerra del Pacífico, comenzó una política de expansión para apropiarse de la Patagonia a través de una constante penetración. Los medios usados fueron varios: lo intentó con permanentes incursiones militares desde fines del siglo XIX, lo hizo con tratados y arbitrajes limítrofes, carreras armamentistas, permanentes presiones internacionales, la agitación nacionalista de su población e incluso con las huelgas de Santa Cruz, según Caillet-Bois (1970: 112).¹¹ Todos estos medios apuntan a un “norte fijo, preciso: desmembrar a la Argentina” (Caillet-Bois, 1970: 87). Así, la “revuelta” de 1921 fue insertada en un esquema interpretativo de mayor alcance cronológico y explicativo: era una más de las decenas de batallas libradas contra la voracidad territorial chilena.

Alberto Sánchez Zinny denunció en una conferencia dedicada a público militar, que en las huelgas de Santa Cruz actuaron oficiales chilenos y que se repartieron armas largas entre los peones (*La Razón*, 11 de julio 1968, p. 9). Se reveló que las tropas de Varela se enfrentaron a peones adiestrados con tácticas militares, evidenciadas en “el ordenado desplazamiento de las masas huelguistas, sus métodos de atrincheramiento, las fintas para eludir la batalla” (Scenna, 1970: 88).¹² Según esta interpretación, la intentona militar chilena quedaba confirmada por la presencia en la región del director de Carabineros, Ibáñez del

¹¹ Fue presidente de la Academia Nacional de la Historia y participó en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra* como articulista. Cfr. los ejemplares de 1950-1.

¹² Scenna era “uno de los historiadores argentinos de mayor moderación y popularidad. No era un nacionalista al estilo de Irazusta [...] sino un autor respetado por colegas de gran representatividad», según Lacoste, 2003:19. Scenna colaboró en *Todo es Historia* de 1967 a 1982 (*Todo es Historia*, 358, 1997, p. 209). Cfr. Scenna (1981).

Campo. La verdadera intención de Ibáñez, decía, era asentarse en Puerto Natales para dirigir la huelga/invasión chilena a Argentina. Incluso, se señalaba que Varela tomó prisioneros a varios de esos soldados chilenos disfrazados de peones. Esos soldados chilenos (en algunas versiones policías) fueron entregados a Ibáñez, quien había solicitado la devolución de esos prisioneros aduciendo que se trataba de desertores que iban a ser fusilados. Pero, en nuevos encuentros con los revoltosos, Varela “descubrió que estaban actuando los mismos que el general Ibáñez del Campo había prometido fusilar” (*La Razón*, 11 de julio 1968, p. 9).

De acuerdo con lo que se denunciaba, los oficiales chilenos que adiestraron y armaron a los bandoleros del lado argentino no eran más que la punta del iceberg de un plan de mayor alcance, planeado en La Moneda, y con rasgos más sombríos. De acuerdo con Sánchez Zinny, (*La Razón*, 11 de julio 1968, p. 9) y Paz (1981:168) en 1921 un general alemán preparaba al ejército chileno para invadir la Patagonia, usando a las huelgas de Santa Cruz como ejercicio de distracción (el intento de invasión fue en 1929 según Ornstein, 1967: 67; Caillet-Bois, 1970: 91 y Scenna, 1970: 74). Los rápidos reflejos del gobierno de Yrigoyen habrían permitido desbaratar este plan de invasión en 1921, que no se denunció sino hasta 1967. Sin esa decisión, “las fuerzas chilenas hubieran llegado sin inconvenientes hacia Comodoro Rivadavia y se hubieran hecho fuertes sobre el río Negro” (*La Razón*, 11 de julio 1968, p. 9).

Si bien los sucesos de Santa Cruz son considerados parte de la “ola roja” posterior al Petrogrado de 1917, según Scenna (1970: 71) su particularidad es que “desde el comienzo corrió el rumor de una posible injerencia chilena”. El coronel Ornstein (1967:62-63) sostuvo que una “célula bolchevique” dirigió la huelga en el sur, después de fracasar en Buenos Aires en la llamada “Semana Trágica” de 1919. Pero esta célula actuaba, en realidad, satisfaciendo el interés chileno por ocupar la Patagonia. A esta presencia institucional trasandina se le sumaban otros actores de mayor poder. Supuestamente, los representantes diplomáticos

Las ideas sobre la apetencia chilena también en Paz (1981:168), que denunció la “constante pasión cerril del

norteamericanos e ingleses asentados en Buenos Aires habrían planteado la amenaza de una acción directa si la Casa Rosada no conseguía defender la vida e inversiones de sus ciudadanos en el sur durante las huelgas de 1921. De esta manera, una fuerte alianza anglo-norteamericana-chilena se concretó en ese año: la amenaza de Londres y Washington constituía “un plato ofrecido en bandeja a La Moneda”, ya que a Chile le resultaría fácil “alentar la desorganización social, crear un estado permanente de inseguridad y subversión para demostrar que el gobierno argentino era ineficiente para asegurar la tranquilidad” (Scenna 1970:71-72). Se llegaría a un estado de cosas que requeriría la intervención armada anglo-norteamericana y entonces Chile reclamaría garantías para sus connacionales que vivían en Argentina, procediendo “a la ocupación inmediata de ese territorio para protegerlos” (Scenna 1970:71-72).

De acuerdo con Scenna, el teniente coronel Varela era consciente de que estaba enfrentando a una fuerza extranjera,alzada contra la nación. Es por lo que en su ultimátum llama a los huelguistas “enemigos del país en que viven” y no “enemigos del orden”. De esta manera, la campaña de Varela, realizada en terreno adverso y con pocos recursos, fue una heroica *blitzkrieg* contra la amenaza directa de un regimiento chileno y de intervención anglo-norteamericana (Scenna 1970:71). Pero abortar la maniobra ante la decidida acción de Varela no significó el fin de la silenciosa amenaza trasandina ya que “Chile cambia los gobiernos, pero persiste en su plan” (Caillet-Bois, 1970: 88).

Parece lógicamente difícil para esta teoría responder a preguntas como ¿por qué no aparece ninguna de estas informaciones en los diarios de la época?, ¿por qué las detenciones de carabineros no aparecen registradas en los informes de Varela y sus oficiales? La contradicción que surge de considerar que existía una tropa profesional muy bien pertrechada y que el Ejército argentino sólo registró una baja en la campaña, es resuelta a través del

chileno por las llanuras ajenas y del mestizo por la rapiña».

argumento “técnico” de la mala calidad del armamento de los huelguistas (Scenna 1970: 72). Las respuestas insisten en que Buenos Aires quiso guardar las formas y no avergonzar internacionalmente a Chile por sus maniobras (Scenna, 1970:72; Paz, 1981:190).

Algunos historiadores militares también colaboraron en la construcción de la versión de que el gobierno chileno fue quien financió, apertrechó y dirigió los sucesos de Santa Cruz. Retomando buena parte de la tesis de la responsabilidad chilena que se había creado entre 1967 y 1970, se procuraba glorificar la acción del ejército, y en particular del teniente coronel Varela, considerado mártir de la lucha anti-subversiva (cfr. el apologético artículo del teniente Picciuolo, 1974:103). Igualmente, el coronel Nellar (1974:133) ponderó el nivel de corrección y orden en la actuación de Varela, que le pareció desbaratar un complot chileno y de “ideologías extrañas”, que habían avanzado ante “el ambiente extranjerizante y de antipatria reinante” en Patagonia (Nellar 1974:124). Estos escritos producidos por miembros del Ejército además de tener una explicación centrada en el rol conspirativo chileno, utilizaban terminología proveniente de la “Doctrina de la Seguridad Nacional”. El uso de esta doctrina político-militar contribuyó a que se perfilara a la huelga de 1921 como un antecedente de las experiencias de “guerrilla” de principios de la década del '70 en Argentina. Por eso muchas de las ideas que se despliegan para interpretar las huelgas de Santa Cruz, en realidad, remiten más al creciente desafío de organizaciones armadas como Montoneros’ o E.R.P.

El cambio de enfoque quedó patente en ocasión de la polémica suscitada por el estreno de la película *La Patagonia rebelde*, con guión de Osvaldo Bayer. En 1974 se generó un debate por las resistencias del Ministerio de Defensa a la presentación del film. El general Anaya intentó desmentir la interpretación de Bayer, a quien acusó de hurtarle documentos (*La Opinión*, 10 de julio de 1974, p. 19.), pero sobre todo de profundizar las diferencias entre las Fuerzas Armadas y el pueblo (*La Opinión*, 29 de mayo de 1974, p. 19; la respuesta de Bayer 21 de junio de 1974, p. 19). Anaya, con 85 años, seguía considerando que se trató de un

alzamiento revolucionario que requirió la “enérgica” represión del Ejército: la diferencia residía en que ya no se trataba del “miedo rojo” de entreguerras que hablaba de bandoleros: en opinión de Anaya fue el “primer ensayo de guerra revolucionaria que hubo en Argentina” (*La Opinión*, 29 de mayo 1974, p. 19). De acuerdo con el plan estratégico que habrían diseñado e intentado poner en práctica los revolucionarios, “el primer choque importante con el ejército se produciría en las márgenes del Río Negro, con el pretexto de supuestas ‘reivindicaciones’ de la clase proletaria” (*La Opinión*, 29 de mayo 1974, p. 19). La ausencia de cualquier documento probatorio lleva a Anaya a anunciar que los detalles del plan serán divulgados “en su momento”.

En el caso de Jorge Gómez, conscripto que participó de la campaña al sur, señalaba que las huelgas fueron, en realidad, una maniobra del gobierno chileno o de los bolcheviques.¹³ Esta creencia en la existencia del complot bolchevique ilustra acerca de las palabras que transmitidas a las tropas antes del “enfrentamiento” con los huelguistas. A su vez, permite ver el nivel de difusión que tenían ciertas ideas conspirativas y pone en alerta ante la posibilidad de considerar a este imaginario como un mero ejercicio de distracción, organizado por la elite.

Un hecho fortuito fue utilizado por el general (RE) Tomás Sánchez de Bustamante (1974)¹⁴ para comentar la interpretación de la “Patagonia trágica” como un episodio revolucionario. En abril de 1974 fuerzas guerrilleras intentaron copar el mismo regimiento que había conducido en 1921 el teniente coronel Varela. En el asalto de 1974 fue muerto el general Gay, lo cual le dio a Sánchez de Bustamante la excusa para reflexionar, ligando su caída con el asesinato de Varela, a manos de un anarquista alemán. La fuerza que disparó contra Varela en 1923, según Sánchez de Bustamante, es la misma que mató a Gay medio

¹³ “Yo tenía hasta el Año 1930, entre mis papeles, algunos documentos recogidos de los “huelguistas” cabecillas (p.e. El Toscano) que demostraban que el Movimiento estaba conectado a otro que debía reventar en Misiones, i que los bolcheviques desde no sé donde lo alentaban», *Todo es Historia*, 17, 1968, p. 95.

¹⁴ Sánchez de Bustamante fue presidente del Instituto de Historia Militar Argentina, director de la Escuela Superior de Guerra y su revista, en la que colaboró muchas veces. Cfr. “La guerra revolucionaria comunista. La

siglo más tarde.

“En trágica coincidencia de circunstancias y de fechas, 51 años más tarde otro jefe del histórico cuerpo cayó también así en el cumplimiento de su deber militar. El general Camilo Gay fue asesinado con los suyos entre los húsares. El ejemplo de las muertes de Varela y de Gay nos recordará con el testimonio de su servicio a la patria, amenazada en las entrañas del ser nacional” (*La Nación*, 17 de abril 1974, p. 8)

Sánchez de Bustamante aprovechó esa ocasión para historiar los sucesos de Santa Cruz, en los que la insuficiencia de las fuerzas del orden y la presencia de “comunistas y anarquistas extranjeros” generaron una huelga general revolucionaria caracterizada por su vandalismo. El objetivo en 1921 era “crear lo que en el lenguaje de la subversión se conoce paradójicamente como zona liberada”. A pesar de haber realizado una tarea riesgosa, el poder político no reconoció la labor de Varela y lo traicionó. Allí Sánchez de Bustamante hizo propias las palabras de Manuel Carlés cuando denunciaba que, “como sucede siempre, los corifeos del desastre llenaron la bolsa y abandonaron el tropel cuando el Ejército debió contenerlo”. La interpretación es un agrio lamento por el silencio de Yrigoyen tras la campaña militar, pero más parece un aviso a las autoridades nacionales de 1974. Suena a un reclamo de cobertura política para las actividades represivas de entonces, y que se multiplicaron en los años siguientes. La muerte de Varela “tiene no sólo el valor permanente del morir en el cumplimiento del deber, sino también la actualidad, que es consecuencia de que el enemigo de entonces está todavía hoy entre nosotros, aun más agresivo”.¹⁵

Conclusiones (memoria, historia, política)

Guerra de China», *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, 343, 1961. También donó a la biblioteca de esa institución los libros *El juicio internacional* de H. Ford y *Propaganda bélica y genocidio* de E. Ludendorff.

¹⁵ Ideas similares expresó Sánchez de Bustamante en Punzi (1991: 5). Por su iniciativa una puerta de la

Los años en los que se desarrolló el “miedo rojo” en Argentina se caracterizaron por el alarmismo de los sectores propietarios. Es la causa paradójica de lo que se ha llamado “antibolchevismo sin comunistas”, en el que la clase dirigente (creía que) veía comunistas por doquier (Rouquie 1983; 207-214; Zanatta 1996: 65-71). El miedo impedía concebir a los conflictos laborales como resultados del capitalismo: más bien eran comprendidos como parte de un plan de subversión, más propio de lo policial que de lo laboral o lo político. Para los políticos y sectores asustados por un imaginado crecimiento de la izquierda, el gobierno de Yrigoyen aparecía como un avance concreto de las “ideologías disolventes”. La Semana Trágica y las huelgas de Santa Cruz (años después conocidas como “Patagonia trágica”), eran evidencias de la debilidad del gobierno para tratar con las fuerzas internacionalistas que procuraban desbancar el orden social y económico.

En lo que atañe a las huelgas australes, la interpretación que sostuvieron en los ‘20 los estancieros, la LPA y miembros del ejército insistía en distinguir entre los trabajadores por un lado, y los bandoleros-anarquistas por el otro. Aunque en la letanía podía reconocerse la justicia de algunos reclamos laborales, la tesitura central era que los propagandistas anarquistas habían incitado a la revuelta a los obreros rurales. Se jugaba con una definición de los sucesos que era a la vez *política* (el desafío “sovietista” al régimen republicano), *nacional* (“malos extranjeros” contra argentinos), *delictiva* (forajidos que depredan la propiedad) e incluso *cultural* (lucha con los bárbaros que asaltaban a los mojones de civilización del sur). En este marco de ideas resulta arduo encontrar correlaciones permanentes entre las categorías usadas y los productores de ese discurso: tanto *La Nación* como Carlés utilizan de manera indistinta “forajidos”, “revoltosos” o “bandoleros”, sin merecerles mayor disquisición teórica o política. Si, en cambio, es posible descubrir silencios: casi no se habla de “huelguistas” para

guarnición de Campo de Mayo se llama “Teniente Coronel Varela» (entrevista del autor a Osvaldo Bayer,

no contribuir a forjar la imagen de un conflicto laboral.

Esta interpretación derechista no sufrió mayores modificaciones por medio siglo. En ese sentido, no parece acertada la afirmación de que desde 1921 se mencionó a la huelga de Santa Cruz “como un intento del ejército chileno para apoderarse de nuestra Patagonia” (Bayer, 1972:t. IV, 55). Más bien, parece más factible sostener que esta idea se difundió desde mediados de los ‘60, a partir de los incidentes bélicos del islote de Snipes (1958) y de Laguna del Desierto (1965) y del recalentamiento de la hipótesis de conflicto con Chile. La influencia de estos episodios y, posteriormente, de la obra de Bayer (1968a; 1972), estimuló una labor de reingeniería historiográfica. En esta segunda generación de interpretaciones derechistas – liderada por historiadores tradicionales y del Ejército- la responsabilidad ya no recaía sobre anarquistas y bandoleros tanto como sobre el propio ejército chileno.

Los sucesos de 1921 fueron incorporados a una línea historiográfica de más largo aliento, centrada en la imagen de Chile como un país expansionista. Los chilenos constituían un problema debido a su insatisfecha vocación de ensanchamiento territorial, nacida del ahogo entre los Andes y el mar. La presencia de Ibáñez, la profesionalidad de los sublevados, la posesión de armas largas y la existencia de un regimiento trasandino en territorio argentino eran las supuestas “pruebas” del complot chileno, que no quedaron documentadas. Ni una palabra se menciona sobre los fusilamientos, la acción de los *bandoleros* o los agitadores anarquistas. Tampoco hay lugar para la preocupación de la LPA por separar a los buenos inmigrantes de los malos. Finalmente, en los ‘70, algunos de estos discursos se plagaron de terminología de la Doctrina de la Seguridad Nacional y militar (“zona liberada”, “ensayo de guerra revolucionaria”, etc.). Pensando más en el presente que en el pasado, los historiadores militares fueron construyendo un panteón de héroes anti-subversivos, donde el teniente coronel Varela ocupaba un privilegiado puesto inaugural.

- ANAYA, E. C. (1965): “Teniente Coronel Héctor B. Varela”, *Revista del Círculo Militar*, nº 677, Buenos Aires, p. 67-73.
- ANÓNIMO (1955): “Los sucesos de Santa Cruz”, *Revista Cara o cruz*, nº 7, 1 de abril de 1955, Buenos Aires, p. 4-11.
- BAYER, O. (1968 a): “Los vengadores de la Patagonia trágica”, *Revista Todo es Historia*, nº 15, Buenos Aires, p. 50-89.
- ___ (1968 b): “Los vengadores de la Patagonia trágica”, *Revista Todo es Historia*, nº 14, Buenos Aires, p. 22-54.
- ___ (1972): *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, Galerna.
- BENDICHO BEIRED, J. L. (1999): *Sob o signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*, São Paulo, Loyola.
- BORRERO, J. M. (1928): *La Patagonia trágica*, Buenos Aires, edición del autor.
- BUCHRUCKER, C. (1987): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- CAILLET-BOIS, R. (1970): *Cuestiones internacionales (1852-1966)*, Buenos Aires, Eudeba.
- CATERINA, L. M. (1995): *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20*, Buenos Aires, Corregidor.
- CORREA FALCÓN, E. (1950): *Vidas patagónicas*, Buenos Aires, edición del autor.
- ___ (1958): *Los sucesos de Santa Cruz, 1919 a 1921*, Buenos Aires, edición del autor.
- ___ (1966): *De la llanura, del bosque y de la montaña*, Buenos Aires, Ciordia.
- ___ y KLAPPENBACH, L. (1924): *La Patagonia argentina. Estudio gráfico y documental del territorio nacional de Santa Cruz*, Buenos Aires, Kraft.
- FALCÓN, R. (2000) “Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)” en SURIANO, J. (ed.): *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, pp. 111-125.
- FIORITO, S. (1971): *Un drama olvidado: las huelgas patagónicas de 1920-21*, Colección “Historia Integral Argentina”, tomo VI, Buenos Aires, CEAL.
- GODIO, J. (2000): *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Corregidor.
- GÓMEZ, J. (1968): “Lectores amigos”, *Revista Todo es Historia*, nº 17, Buenos Aires, p. 95.
- LACOSTE, P. (2003) *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Buenos Aires, F.C.E.
- LAFUENTE, H. (2002): *Una sociedad en crisis. Las huelgas de 1920 y 1921 en Santa Cruz*, Río Gallegos, Editorial C.I.E.N.
- LPA (LIGA PATRIÓTICA ARGENTINA) (1922): *El culto de la Patagonia. Sucesos de Santa Cruz*, Buenos Aires, Cúneo.
- LUNA, F. (1956): *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, tomo I, Buenos Aires, Raigal.
- LVOVICH, D. (2003): *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- MC GEE, S. (1999): *Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press.
- MOLDES, J. M. (1937) *La tierra de los tehuelches. Nociones de historia y geografía física, política y económica de la Patagonia*, Buenos Aires, edición del autor.
- NELLAR, F. (1974): “Clarificación sobre la Campaña realizada por el Regimiento 10 de Caballería, años 1921 y 1922, en base a fuente oficial documental”, *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, nº 413, Buenos Aires, p. 121- 136.
- ORNSTEIN, L. (1967): “Problemas fronterizos entre Argentina y Chile”, *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, nº 371, Buenos Aires, p. 9-132.

- PAZ, R. (1981) *El conflicto pendiente*, Buenos Aires, Eudeba.
- PICCIUOLO, J. L. (1974): “Aspectos de la situación nacional, regional e influencia de las corrientes ideológicas y económicas mundiales”, *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, n° 413, Buenos Aires, p. 97-119.
- PIERINI, M. (2003): “Entre historia y ficción: dos imágenes de la Patagonia trágica en las novelas semanales”, ponencia presentada en las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, organizadas por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, septiembre de 2003.
- PORTAS, J. C. (2001): *Patagonia. Cinefilia del extremo austral del mundo*, Buenos Aires, Ameghino.
- PUNZI, O. (1991): *La tragedia patagónica. Historia de un ensayo anarquista*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- QUESADA, J. (1922): *La mujer que se acordó de su sexo*, Colección “La Novela Porteña”, n° 1, 22 de abril de 1922, Buenos Aires.
- ROUQUIÉ, A. (1983): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, t. 1, Buenos Aires, Emecé.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, T. (1974) Diario “Los Húsares de Pueyrredón y la Campaña de Santa Cruz”, *La Nación*, 17 de abril 1974, Buenos Aires, p. 8.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, T. (1961) “La guerra revolucionaria comunista. La Guerra de China”, *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, n° 343, Buenos Aires.
- SAROBE, J. M. (1935): *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, Aniceto López.
- SCENNA, M. A. (1970): “Argentina-Chile. El secular diferendo”, *Revista Todo es Historia*, n° 45, Buenos Aires, p. 67-91.
- _____ (1981): *Argentina-Chile. Una frontera caliente*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- TRONCOSO, O. (1971): *Los fusilamientos de la Patagonia*, Colección “La Historia Popular”, 61, Buenos Aires, CEAL.
- ZANATTA, L. (1996) *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, U. N. Quilmes.

Resumen. Detrás de la masificación de la obra de Osvaldo Bayer *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972) es posible encontrar que han existido varios discursos sobre los fusilamientos de 1921 en Patagonia. La discusión en torno a la cuestión ha reconocido etapas de silencios y de activación del tema, que han distado de ser un mero juego pendular. Por el contrario, es posible adivinar en cada una de las instancias un deslizamiento interpretativo: lo que en los ‘20 fue leído como un alzamiento delictivo de bandoleros y anarquistas extranjeros, en los ‘60 fue interpretado como una invasión militar trasandina, siguiendo ideas de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Este artículo intenta dar cuenta de las mutaciones de estas interpretaciones “derechistas”, promovidas por asociaciones de propietarios, el ejército, la prensa, la Liga Patriótica Argentina e historiadores tradicionales.

Summary. Behind the popularization of Osvaldo Bayer’s *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972), it’s possible to find a large sequence of polemical discourses about the so-called “*Patagonia trágica*” (1921). The argument has recognized different phases of silence and “awakenings” of the topic, which have been far away from being mere pendulum’s movements. On the opposite, it’s possible to find in each one of these moments an interpretative displacement: in the ‘20s it was seen as a criminal uprooting performed by *bandoleros* and foreign anarchists, but in the ‘60s it was considered a Chilean military invasion, mainly based in the “National Security Doctrine”. This paper tries to show the mutations of these “rightist” interpretations, sponsored by landowners’ associations, the Army, the press, the *Liga Patriótica Argentina* and some traditional historians.